

Las Juanas de la Historia de España

Cuando en una clase de Historia aparece el nombre de Juana, un coro de alumnos y alumnas dice “la loca”. Muchas veces no es ella, porque hay otras Juanas en la Historia de España; y cuando sí es ella, mi pregunta es: ¿qué sabéis de esa Juana, de “la loca”? Y la respuesta es que poca cosa.

El objetivo de este artículo es conocer un poco más a las Juanas de nuestra Historia: a Juana de Portugal, a Juana la Beltraneja y también a Juana “la loca”.

JUANA DE PORTUGAL. JUANA DE CASTILLA

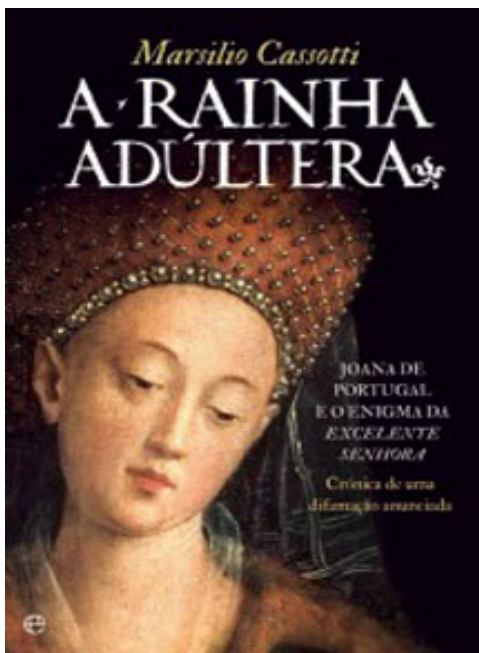
Juana de Avis y Aragón (Almada, 1439 – Madrid, 1475), infanta de Portugal y reina consorte de Castilla, debido a su casamiento con su primo, el indeciso, débil y hombre de pocas luces, Enrique IV, rey de Castilla. Juana tenía diecisiete años y el enlace se celebró en Córdoba.

El monarca impidió la presencia de un notario y testigos en la real cámara la noche de bodas, como consecuencia del recuerdo de la mala experiencia en su primer enlace. Aunque el rey y la reina pasaron esa noche en el mismo lecho, a la mañana siguiente, según Valera, “la reina quedó, para disgusto de todo el mundo, tan entera como había venido”. No se mostró la sábana con la mancha consabida.

Siete años después nacería una hija, también llamada Juana, a la que muy pronto apodaron la Beltraneja al considerarla hija de Beltrán de la Cueva. Esto fue idea de una parte de la levantisca nobleza castellana, a quien, entre otras cosas, no le gustaban las intenciones política de la reina: una posible anexión de Castilla por Portugal. Hay fuentes, sin embargo, que hablan de que la infanta portuguesa quedó embarazada del rey castellano mediante una precoz técnica de inseminación artificial, usando una cánula de oro que contenía su esperma, técnica aplicada por mu médico judío. Lo

que sí es cierto es que Enrique IV nunca mostró interés sexual por su esposa; según una parte de la historiografía era homosexual, y según estudios forenses que inició el doctor Marañón pudo tener un tumor en la hipófisis que, entre otras consecuencias, le provocó “impotencia con anomalías peneneas y comportamiento psico-patológicos”. De esto y de Juana la Beltraneja seguiremos hablado luego.

Juana, al contrario que el rey, que cambiaba continuamente de opinión, siempre defendió los derechos al trono de su hija, tuvo una activa participación política, buscó el apoyo de familias nobiliarias (eso sí, a costa de buenas rentas y ciudades) y se propuso casar a su hermano Alfonso V, rey de Portugal con la infanta Isabel, cuñada y enemiga. Esta política de acercamiento a la monarquía vecina no agradaba a la nobleza castellana.



Si vida no fue fácil, pues se vio alejada de la Corte y de su hija. Estando aún casada con el rey, y mientras vivió en el castillo de Alaejos -no sabemos si protegida o rehén- inició una relación con Pedro de Castilla y Fonseca, descendiente de Pedro I el Cruel, de la que nacieron dos gemelos; es lo que se conoce como “el desliz de Alaejos”. La noticia llegó al rey y también al pueblo. Las fuentes hablan de una relación apasionada, en la que la reina gozó de momentos de felicidad, aunque parece ser que fue también una mujer maltratada. A estas alturas cabe preguntarse: ¿Cuál fue el pecado de Juana?

La historiografía no concede valores positivos a esta reina. Juana de Portugal alcanzó en su época fama de mujer frívola y lujuriosa. La mayor parte de los cronistas de su tiempo así la califican. En la descripción que se hace de ella, no sólo se alude a su belleza, se dice que con ella aumentó la degradación moral de la austera corte castellana. Sin embargo la historiadora francesa del siglo XVII, Charlotte Rose de Caumont de la Force, en la *Historia secreta de Enrique IV, rey de Castilla*, dice de ella: “ *Nadie que lea esta historia será insensible a la desventura de esta Princesa, expuesta a tantas violencias de los que la rodearon. Así fue la Reina Doña Juana de Portugal: siendo buena vivió sin que se la creyera virtuosa, y todos los que vivieron bajo el reinado de Isabel la Grande se esforzaron y regocijaron en inventar acerca de ella mil vergonzosas calumnias* ”.

La muerte repentina de Enrique IV, puede que envenenado, hizo que Juana pidiera una investigación a los Consejos (cosa que no se produjo) y que siguiera defendiendo los derechos de su hija, pero murió poco después que su marido. Los últimos meses de vida los pasó sola en el convento de San Francisco en Madrid. Se vuelve a hablar de un posible envenenamiento.

En los últimos años han visto la luz en Portugal varias publicaciones sobre Juana. Uno de los mayores conocedores de esta figura es el historiador argentino Cassoti, según palabras suyas recogidas en su última obra *La reina adultera. Una biografía sobre Juana de Portugal*, pretende hacer “Justicia con una reina maltratada por la historia castellana”

Su muerte fue poco llorada y menos sentida en el reino. La reina Isabel “procuró con caridad y dignidad” el mantenimiento y educación de sus dos hijos, así como el cuidado de su sepulcro, en el que puede leerse: *Aquí yace la muy excelente, esclarecida y muy poderosa reina doña Juana, mujer del muy excelente y muy poderoso rey Enrique IV, cuyas ánimas dios aya, la qual falleció día de san Antonio, año de mil cuatrocientos setenta y cinco*”.

JUANA DE TRASTÁMARA. JUANA DE CASTILLA. LA BELTRANEJA

Juana (Madrid, 1462 – Lisboa, 1530). Princesa castellana nacida durante el matrimonio entre Enrique IV (Rey de Castilla) y Juana de Portugal. Había nacido por fin “el heredero”, no importaba que fuera niña, pero... ¿era realmente hija del rey?

Ya comenté antes su posible nacimiento por inseminación artificial, pero lo más importante, y con consecuencias trascendentales en la Historia de la monarquía hispana, es que una parte de la nobleza y del pueblo nunca creyó (o no le convenía creer) que fuera hija del rey, sino de Beltrán de la Cueva, uno de los favoritos del monarca; y ponían como argumentos el parecido físico de éste con Juana y el hecho de que Enrique era conocido como “el Impotente” por haber anulado su matrimonio de siete años con Blanca de Navarra sin consumarlo y, por tanto, sin heredero. Aunque no había pruebas, nobles, encabezados por el Marqués de Villena, Juan de Pacheco, se encargaron



de convertirlo en hecho real y de difundirlo. De todas formas, su origen, y con ello la legitimidad o no del ascenso al trono de Isabel, la que finalmente fue reina, nunca podrá probarse mediante pruebas de ADN, debido a que sus restos desaparecieron en el terremoto de Lisboa en 1755.

Tras la revuelta de los nobles contra Enrique en 1464, éstos redactaron el Manifiesto de Burgos donde abiertamente consideraban a Juana hija de la reina y de Beltrán de la Cueva, de ahí el apodo de la Beltraneja, y empezaron a reclamar los derechos sucesorios para su tío Alfonso, primero, y para su tía y madrina Isabel, después.

El episodio más rocambolesco de esta historia la encontramos en la Farsa de Ávila. El 5 de junio de 1465 los nobles alzaron un tablao fuera de las murallas de la ciudad donde colocaron un muñeco con todos los atributos regios: corona, espada y cetro. Uno por uno le fueron arrebatados y finalmente el muñeco fue pisoteado por el suelo. Era una mofa del rey en la que participaron, entre otros, el arzobispo de Toledo, el marqués de Villena y el conde de Plasencia. La actitud del rey fue siempre de titubeo, en el Pacto de los Toros de Guisando (1468), desplazaba del trono a su hija en favor de su hermana Isabel, a pesar de que las Cortes de Madrid la habían ya proclamado Princesa de Asturias y, por tanto, futura reina de Castilla. La reina Juana y su hija apelaron al Sumo Pontífice, y el conde de Tendilla hizo lo mismo representando a los reinos y señoríos de Castilla. Evidentemente estaban en contra del nombramiento de Isabel.

En 1470 Enrique IV volvía a proclamar a Juana heredera legítima en Valdebezoya. Lo argumentó en el incumplimiento de los pactos por Isabel al casarse con Fernando de Aragón. Por otro lado, desde muy niña, su padre le buscó maridos que pudieran defender sus intereses o derechos dinásticos. De hecho la casaron por poderes con el conde de Bolougne, representante del duque de Guyena, boda que nunca después se confirmó, entre otras cosas, por la muerte del novio. También quisieron casarla con su tío Alfonso, una vez que, éste fue nombrado heredero; la boda no se produjo y Juana se negó a casarse con Fernando el Católico cuando murió Isabel. Algunos historiadores han visto en este hecho una señal de dignidad de la reina.

Las dos Juanas, madre e hija fueron apartadas de la Corte y vivieron en varios Castillos, también en Extremadura, protegidas por parte de una facción de la nobleza, sobre todo por los Mendoza.

La muerte inesperada de Enrique hizo estallar una guerra civil entre los partidarios de las dos mujeres, a pesar de que sólo dos días después del fallecimiento del rey, Isabel se había proclamado reina de Castilla en Segovia. Juana recibió el apoyo de los Mendoza y del rey de Portugal Alfonso V, quien acompañado de un potente ejército entró en Extremadura dispuesto a defender el trono de su ya esposa (ésta tenía 12 años). Ambos se proclamaron reyes de Castilla, como ya había hecho Isabel. Estamos en los inicios de esta guerra de sucesión.

La guerra finalizó en marzo de 1476 en Paleagonzalo, cerca de Toro, con la derrota del ejército portugués y sobre todo de Juana. Derrotada pero ante todo sola, ya no contaba con el apoyo de la nobleza y fue abandonada también por Francia e incluso por el papado, que revocó la dispensa de consanguinidad que había posibilitado su matrimonio, ahora anulado.

Se puso de forma oficial fin al conflicto en 1479 con el Tratado de Alcaçovas. Portugal reconocía como reina de Castilla a Isabel, mientras que a Juana se le ofrecieron dos opciones: la de casarse con su primo Juan, hijo de los RR.CC., o ingresar en un convento. Con tan solo dieciocho años ingresó en un convento de clarisas en Coímbra, aunque los últimos años de su vida los pasó en Lisboa. La conocida como *Excelente Señora* siempre firmó los documentos como "Yo, la reina". Así terminaba su testamento, donde también legó miles de reales a "las jóvenes huérfanas deshonradas obligadas a probar sus derechos". Toda una declaración.

JUANA I DE CASTILLA "LA LOCA"



Hija y madre de reyes y reinas, una depresión ("locura") la apartó del poder, la hizo morir en silencio tras un largo cautiverio, aunque nunca fue desposeída de sus títulos de Reina de Castilla, de Aragón, Nápoles, Sicilia... El destino así lo quiso, pues era la tercera hija de los RR.CC., y, por tanto, no era la heredera del trono. No obstante, fue la madre de dos Emperadores (Carlos V y Fernando I) y cuatro reinas (Leonor de Francia, Isabel de Dinamarca, María de Hungría y Catalina de Portugal).

Nació el 6 de noviembre de 1479 en la ciudad de Toledo y su nombre es un pequeño homenaje a su abuelo paterno, el rey Juan II de Aragón, fallecido nueve meses antes, noticia que conocieron los RR.CC. en Extremadura cuando la Guerra Civil (la Guerra de Sucesión) daba sus últimos coletazos, pues todavía en zonas como Mérida y Medellín se seguía defendiendo la causa de Juana la Beltraneja.

Se dice que Juana no era una de las hijas favoritas de la Reina Isabel, y que ésta, prototipo de monarca autoritaria, nunca llegó

ni a dirigirla ni a controlarla. También resaltan los biógrafos, como Fernández Álvarez, que hubo hechos que impactaron sobremanera a Juana y que contribuyeron a su estado mental: los celos de su madre o las visitas que hacía con frecuencia a su abuela materna, Isabel de Portugal, encerrada en el castillo de Arévalo más de cuarenta años. Su destino sería parecido, pues Juana es conocida también como la "cautiva de Tordesillas".

La política matrimonial de los RR.CC., que tenía como objetivo aislar a la enemiga Francia, se concretó en una doble alianza con los Países Bajos: el heredero del trono, Juan, se casó con Margarita de Austria y Juana, con Felipe el hermoso, que entonces era conde de Flandes.

La boda de nuestra protagonista fue una boda de estado, y para una mujer como Juana fue algo, o mejor dicho, mucho más. Como todas las bodas reales de la época, ésta se organizó sin que los novios se hubieran visto, y aún no era costumbre enviar cuadros con retratos de los contrayentes.

Los RR.CC. prepararon un seguro viaje de Juana a los Países Bajos, fue un viaje por mar, con una potente escuadra, se evitaba el ataque francés y pasar por Francia, país con el que España estaba entonces en guerra. Además, los barcos que llevaron a Juana a su destino tenían que traer a la prometida de su hermano Juan, la princesa Margarita.

Juana no contó con una despedida afectiva por parte de sus padres, de hecho Fernando ni siquiera se desplazó a Laredo, ciudad en la que se concentró la armada. Sin embargo, los RR.CC. sí querían mostrar su poderío y los hicieron con un imponente ajuar y un espectacular cortejo de gente armada y de personal de palacio. La reina Isabel era consciente de "la aventura" que esperaba a una niña de dieciséis años y mostró, en vísperas del viaje, su inquietud; pasó la última noche de Juana en España con ella y envió una carta manuscrita a su futuro yerno en tono muy cercano y afectivo, saltándose cualquier fórmula protocolaria.

A fines del mes de agosto de 1496, Juana iba de camino a un país lejano y extraño para ella y nadie imaginaba que esto era el principio de un hecho trascendental para la historia de la

monarquía española, y también para Europa: la dinastía de los Trastámara sería sustituida por la casa de Austria.

¿Cómo eran los Países Bajos? ¿Con qué se encontró Juana? Con unos cuantos territorios difíciles de gobernar, porque sus habitantes hablaban distintas lenguas (flamenco, holandés y valón). Un país próspero económica y culturalmente, con un elevado nivel de vida, con mucha población, que se apreciaba sobre todo en ciudades como Gante, Bruselas, Lieja, Amberes, Brujas... Pero un país que no tenía luz, donde era casi constante la lluvia, con un paisaje verde de exuberantes árboles, mas donde no había ni naranjos, ni olivos. Esto repercutiría en la vida cotidiana de Juana, porque no se “cocinaba con aceite de oliva y si con manteca de cerdo o de vaca”. Y otra diferencia con respecto a España: la libertad en cuanto a las relaciones amorosas.

Tras un viaje complicado, el 8 de septiembre la princesa Juana, futura Archiduquesa de Austria y Condesa de Flandes, llega a las costas holandesas. Allí no estaba para recibirla su futuro esposo; sería ésta la primera desilusión de la princesa. El encuentro entre ambos no se produjo hasta el 12 de octubre, y fue en Lierre. “Y entonces ocurrió lo inesperado, el golpe de pasión, la furia incontenible del sexo”. A la primera mirada -según el hispanista alemán Ludwig Pfandl- se encendió el apetito genésico de los dos jóvenes, con tal fogosidad que no esperaron al casamiento fijado para dos días después, sino que mandaron traer el primer sacerdote que se encontrara para que les diese la bendición y poder así consumir el matrimonio aquella misma tarde¹.

La pasión de Juan hizo que su marido la llamara Juana la Terrible, y como Felipe nunca escondió sus relaciones con otras mujeres los celos aparecieron muy pronto, y a la corte española empezaron a llegar noticias preocupantes sobre el comportamiento de la ya Condesa de Bruselas. Lloraba, pasaba mucho tiempo sola, no se aseaba, había descuidado sus “deberes” religiosos (no se confesaba), perdió el contacto con su padre y su madre... Parece evidente que no fue bien acogida por la Corte flamenca y, sobre todo, no contaba con la complicidad de su marido, todo lo contrario, a veces no sólo la abandonada sino que también la despreciaba, porque su comportamiento dependía de la situación política, de su interés por el poder. A pesar de todo, Juana sentía “pasión” por su esposo.

Todo esto mostraba la debilidad mental de Juana, que, sin embargo, era acompañada de una gran fortaleza física. Tuvo dos hijos y cuatro hijas, y algunos de sus partos fueron realmente asombrosos. El futuro emperador Carlos nació en Palacio, en una especie de retrete en el transcurso de una fiesta.

Como señalaba antes, la ambición de Felipe el Hermoso condicionó siempre su actitud hacia Juana, algo que muy pronto advirtieron los RR.CC.

Muertos los herederos al trono peninsular, Juan, Isabel y Miguel (hijo, hija y nieto de Isabel y Fernando), la princesa Juana pasaba a ser Princesa de Asturias, título que con anterioridad había reclamado Felipe sin fundamento legal.

En 1502 el archiduque Felipe y Juana de Castilla pasaban a convertirse en Príncipes de Asturias en unas Cortes celebradas en Toledo, y por consiguiente en herederos del trono de España. Los dos años que trascurrieron desde entonces hasta la muerte de la reina Isabel y la proclamación de Juana como reina los pasó Felipe el Hermoso en Flandes, mientras que Juana se quedó en Castilla donde dio a luz a su cuarto hijo, Fernando, y padeció de nuevo el abandono de su esposo. Fueron también frecuentes los enfrentamientos con su madre, a la que suplicó la dejará marchar a Bruselas.

Dos años pasó Juana en Flandes, y cuando regresó en 1506 lo hizo ya como reina de Castilla; no obstante, siguieron las desventuras y su depresión era cada vez más profunda.

¹ Manuel Fernández Álvarez: Juana la Loca. La Cautiva de Tordesillas, Pág 50

Felipe el Hermoso se había convertido en rey consorte, algo que inquietaba sobremanera al Rey Fernando y que ya se había temido la reina Isabel, como atestigua su testamento. Ya estaba claro que Juana estaba incapacitada para gobernar.

En su testamento, Isabel la Católica daba la solución para evitar que reinara el marido de su hija, de cuya lealtad dudaba. Ante la incapacidad de Juana, establecía que Fernando pasara a ser el Gobernador del Reino, en nombre de Juana, hasta que el príncipe Carlos cumpliera veinte años, (ahora no tenía ni cinco). Aunque era difícil que el Hermoso aceptara que el poder lo detentara su suegro, por diversas circunstancias los deseos de Isabel se cumplieron ya que Fernando reinó la mayor parte del tiempo (excepto unos meses) y enlazó su reinado con el de su nieto Carlos.

Fernando logró que las Cortes de Toro le reconociesen como gobernador de Castilla en 1505, conforme a lo estipulado por Isabel. El mismísimo Felipe había dado su aprobación en la Concordia de Salamanca, aunque pronto empezó a buscar el apoyo de la nobleza para hacerse con el poder. El peligro de guerra civil se cernía de nuevo sobre Castilla. Pero cuando parecía que Felipe se haría con el trono (Por acuerdo firmado el 27 de junio de 1506 Fernando se retiró a sus dominios de Aragón recibiendo una compensación económica de Castilla y conservando el Maestrazgo de las Órdenes Militares castellanas), ocurrió algo inesperado, su muerte el 25 de septiembre de 1507. Sólo habían pasado 18 días desde que Felipe y Juana habían entrado en Burgos, desde donde pensaban gobernar Castilla.

Con veintiséis años Juana era una mujer viuda y enferma. Su enfermedad mental no es extraña en una persona que nunca fue feliz y que seguro se percató de que fue utilizada tanto por su padre como por su esposo: el primero quiso incapacitarla para el gobierno y el segundo tramaba encerrarla en un castillo. Durante la regencia de Cisneros, Juana padecía un estado depresivo agudo, una enajenación mental: era una mujer apática que no mostraba el más mínimo interés por el trono más importante de la época. Su principal preocupación era cumplir el deseo de su esposo de ser enterrado en Granada, para lo cual no dudó en desenterrarlo de la Cartuja de Miraflores e iniciar el famoso y tétrico peregrinaje por las tierras de Castilla. Esta "procesión" nocturna se inició en invierno y tuvo un paréntesis en Torquemada, dónde la reina daría luz a su hija Catalina. La reina no permitía la presencia de mujeres junto al cadáver de su esposo. Pasada la cuarentena de la reina, se reanuda de nuevo el cortejo fúnebre y, al llegar a Hornillos, los cronistas cuenta como Juana ordenó parar en un convento situado en el campo; pero al darse cuenta de que el convento era de monjas ordenó sacar el cuerpo de Felipe, ya que sospechaba que podía haber sido robado. Cuando las gentes de Castilla contemplaban este dantesco espectáculo empezaron a llamarla "Juana la loca". Esto están inmortalizado en el cuadro de Francisco Ortiz Pradilla que se conserva en el Prado.



En 1509, aún con el cadáver de Felipe el Hermoso, Juana entró en Tordesillas, y allí, en una casona sobre el Duero, fue encerrada por su padre y allí permaneció hasta su muerte estrechamente vigilada.

Desde luego, no era una novedad la debilidad mental de Juana. En su familia hubo otros casos como el de su abuela materna o el de su hija María (ésta logró recuperarse y convertirse en una fiel aliada y colaboradora de su hermano el emperador Carlos); pero el encierro, la soledad, los malos tratos... no hicieron otra cosa que incrementar su estado depresivo.

Durante su cautiverio recibió visitas de su padre, de Germana de Foix, de sus hijos, hijas, nietos... y cautiva estaba en 1516 cuando muere su padre y se convierte en heredera universal de todos sus reinos, incluida Navarra. Ya no era Juana de Castilla, ya era Juana de España, y ante su incapacidad para reinar sería su hijo Carlos quien se haría con el poder.

En Madrid fue proclamado Rey de Castilla Carlos, conjuntamente con su madre doña Juana; era una fórmula muy novedosa en la historia de la realeza, y era evidente que el futuro emperador no quería desplazar a su madre, al menos formalmente, de ahí que en los documentos oficiales los dos: "Doña Juana e don Carlos, su hijo, reina y rey de Castilla, de León, de Aragón..."

Una de las cosas más llamativas es la relación de Juana con sus hijos e hijas, especialmente con el mayor, Carlos. La primera vez que Carlos vino a España fue en 1517, lo hizo para coronarse rey, tenía 17 años, y hacía más de diez que no veía a su madre. Lo primero que hizo fue ir a visitarla a Tordesillas, donde Juana ya llevada ocho años de encierro. El futuro emperador también conoció aquí a su hermana Catalina y gestionó el funeral de su padre.

Carlos visitó a su madre al menos en doce ocasiones, están documentadas, destinó una importante cantidad económica para su cuidado, pero puso al frente de la casa de Juana a Bernardo de Sandoval y Rojas, Marqués de Denia, calificado por algunos historiadores como un auténtico carcelero. Se puede decir que la reina sufrió malos tratos, tanto físicos como psicológicos, lo cual no hacía otra cosa que empeorar su salud. Pero Juana siempre protegió a su hijo, lo demostró con motivo de la revuelta de los comuneros.

A lo largo de su vida fueron muchas las extravagancias de la reina, las escenas de celos, las peleas con Felipe el hermoso, sus "huelgas" de hambre, las noches a la intemperie, el "odio" a las mujeres (cortó al pelo a una de las amantes de su esposo), el peregrinaje con el cadáver, su descuido personal.... Pero también dio muestras de lucidez, de saber estar y de no olvidarse de quién era. Hay ejemplos muy ilustrativos. Se opuso a un posible matrimonio de su hijo Carlos con la princesa Claudia, hija del rey francés Luis XII. No aceptó monedas de oro que el rey francés le entregó como símbolo del vasallaje que los Condes de Flandes debían a la corona francesa. Fue un acto público en el que Juana actuó con altivez, porque ella era "¡la heredera del trono de las Españas, y no debe homenaje alguno a la corona de Francia!" Juana advirtió que eso hubiera supuesto una afrenta imperdonable no sólo para sus padres, los RR.CC. sino también para el pueblo. Sobra recordar que Francia era el mayor enemigo de la monarquía hispana.

Pero ¿qué paso con la revuelta de las Comunidades de Castilla? Tomada Tordesillas por los comuneros en 1520, los líderes, Padilla, Bravo y Maldonado lograron contactar en varias ocasiones con Juana. Padilla le habló del mal gobierno de su hijo y de que estaba rodeado de extranjeros, que sus ministros eran flamencos, y que su objetivo era liberarla de su cautiverio y que recuperara el trono. Alguna respuesta de la reina Juana parecía dar a entender que estaba dispuesta a asumir el poder. De hecho, durante dos meses y medio la Junta Comunera trató de gobernar apoyándose en Juana, pero ésta no tenía fuerzas y no quería oponerse a su hijo. Expulsado su guardián fue libre durante ese tiempo, hasta que Tordesillas volvió a caer en poder del rey Carlos, y de nuevo volvió su "carcelero" el marqués de Denia.

Juana pasó cuarenta años encerrada, desterrada y sola. Estaba cada vez más enferma y no recibía cuidados. Hay testimonios sobre una caída que fue paralizando su cuerpo, llagas, sus piernas inflamadas, gangrena, dolores cada vez más insoportables, llantos, gritos ... La mujeres que tenían que atenderla no lo hacía porque "las echaba a voces".

El padre jesuita Francisco de Borja dio testimonio de la situación de Juana; ya era tarde, pero sí es cierto que le llevo un poco de paz, de sosiego, lo que hizo que se hablara de un milagro del santo.

Tenía 65 años cuando a las seis de la mañana de un 12 de abril, Viernes Santos, de 1555 murió Juana. Finalmente, descanso y “fue libre”.

María Jesús Criado Baños

BIBLIOGRAFÍA

Fernández Álvarez, Manuel, *Isabel la Católica*, Madrid, Espasa 2003

Fernández Álvarez, Manuel, *Juana la Loca. La cautiva de Tordesillas*, Madrid, Austral, 2010

Tarsicio de Azcona, *Juana de Castilla, mal llamada la Beltraneja*, la esfera de los libros 2007

Fernández Álvarez, Manuel, *Carlos V. Un Hombre para una época*, Madrid, Espasa 2010

Domínguez Ortiz, Antonio, *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*, Madrid, Alianza 1988

Cassoti, Marsilio, *La reina adúltera. Una biografía sobre Juana de Portugal*, A esfera dos libros 2012

<http://www.genealogía-es.com/castilla/port2u2.htm>

<http://revistea.com/historia/>

<http://estaticos.elmundo.es/>